

# La poesía de Gabriel Celaya

por Concha Zardoya

ZURGAI me pide que escriba unos folios sobre la poesía de Gabriel Celaya. Lo hago con gusto pero con brevedad, por obvios motivos de espacio y tiempo.

¿Qué significa, para mí, la poesía de Gabriel Celaya? Lo que más me impresiona es su sostenido fluir, sin intermitencias, sin reposo, después de la larga gestación de *Tentativas*. Y, más aún, que sea tan cálida, generosa, valiente y sincera. La sinceridad no falta en ningún libro, conmoviendo siempre al lector. Su caudal se derrama a borbotones, a saltos, levemente remansado (algunas veces), oscuro, límpido, a martillazos, a campanadas, a gritos, a sollozos... Poesía que, necesariamente, ha de ser prosaica en muchas ocasiones, pero también es alígera, lúcida, jubilosa, arrebatada, en otras, siendo siempre verdadera y siempre auténtica: siempre humana, jamás 'alquitarada' ni 'relamida'. En tensión creciente, el espíritu lee y participa; más que consentir, acepta y convive, olvidando toda clase de prejuicios tradicionales, arrastrado por el nuevo torrente que exige el hombre de hoy en su crucial historia, en su vivir personal y colectivo.

¿Cuál es, para mí, el 'acento' de la poesía celayana? En mi opinión, domina en ella un 'tono', un 'temple' —un 'estilo'— viril y personal, bronco, claramente angustiado y también alegre, existencial siempre, agrídulce y, en algunos instantes, conscientemente 'mimético' (de Neruda, de Aleixandre —por ejemplo—, como él caudolosos). El transcurrir histórico, por otra parte, siempre es perceptible en su creación poética.



G. Celaya, con Otero y C. Bonald.

¿Qué momentos, qué formas, qué versos destacaría yo al recordar su total poesía?

Su búsqueda de verdades, por muy 'locas' que éstas puedan parecer a algunos lectores timoratos. Su afán por desenmascarar esas mentiras que se interponen entre Dios y los hombres. Su voluntad se esfuerza en edificar un mundo a la medida del hombre, en el que contradictorios objetos y acciones equilibran lo vivo con lo muerto. La verdad metafísica parece que sea para el poeta sencillamente ésta, aunque vibre en nosotros su clásica resonancia: "En el hombre está la medida del mundo".

Gabriel Celaya siente que su corazón es voz innumerable, desatada, gozosa y, también, zozobranante. El poeta se identifica con el hombre y, en los caminos, afirma su paso "frente a un mundo en delirio". Descubre que los poemas son entusiasmos, hundimientos y errores, amor que salva. Ama, sí, y vive entregándose. Posee un corazón hipertrofiado por cuanto pasa en la ciudad y en el mundo, en el entorno patrio y en todo el universo. "La poesía se besa con todos" —afirma en 1969.

Hay libros en que Celaya oculta su intelectualismo dentro de un alud vital, de un no querer hundirse totalmente en el vacío. Una fuerza irracionalista barre sus prejuicios de cultura y le obliga a mostrarse por dentro y por fuera: sexo, necesidad, anhelos, sueños, muerte... La náusea metafísica se resuelve, sin embargo, en una resignación última. Gabriel Celaya acepta plenamente la vida humana tal como es, con todas sus pequeñeces y debilidades —esencia y contingencia—, en su resignada conformidad ante el destino del hombre, aunque sin excluir rebeldías. Pero coincide con Sartre en el desprecio al apotegma cartesiano de "pienso, luego existo". Vivir, vivir es lo importante. No asevera que la razón sea algo podrido, pero se ríe un poco de los pedantes, intelectuales, moralistas y críticos que estiman, "con razón, sin duda" —dice—, que sus versos son malos:

*No les pido nada. Vivo. Estoy contento.*

# Donostia

(Para Gabriel Celaya y Amparo Gastón)

## I

### EL PEINE DE LOS VIENTOS

*AZOTA el vendaval y la galerna  
afilas garfios, púas que defienden  
desde rocas la playa adormecida.*

*Una mano de herrero esculpía  
los circulares dedos que despeinan  
las ráfagas violentas o la bruma.*

*Con la nuestra palpamos las argollas  
que no encarcelan nunca, pues liberan  
al aire, prisionero, de lloviznas.*

*Gigantescos, los hierros —como garras  
que surgen defensivas, poderosas—  
de un gran nombre son firma justiciera.*

*Acantilados salvan de huracanes,  
cabelleras malignas de los vientos  
que calman y repeinan en la noche.*

## II

### DOS SILLAS EN LA PLAYA

*DESOLADAS y blancas, transparentan  
el mar gris y la bruma silenciosa.*

*¿Los amantes buscaron el consuelo  
de una abrigada casa con vidrieras?*

*No ha expirado el verano todavía.  
Habrá días de sol y azules olas.*

*Se estrechará el abrazo que hoy desune  
la tarde melancólica y lluviosa.*

*Sin soledad, ya juntas, enlazadas,  
propiciaréis los besos impacientes.*

*Subirá la marea... Sin naufragio,  
os ampara el ardor de los amantes.*

*Una casi las dos, aún sin algas,  
desafiando la mar sin un sollozo.*

No hay en él nihilismo poético. Tampoco una apología plena de lo absurdo. Una comprensiva sonrisa para todo lo humano es la clave íntima —y última— de su poesía.

Un libro de Celaya que estimo especialmente es su shakesperiano *Lo demás es silencio* (1952). Porque en él se siente ser el Protagonista —el hombre pensante, lleno de dudas— de un drama en que el pueblo es el Coro, en ritmo de oleaje marino, en ritmo de constante trabajo, y en el que el Mensajero exige más conciencia, pidiéndole que no sea un raro, "un único y precioso atormentado" y que, en cambio, sea "hombre vulgar y así, sagrado". El Protagonista, arrastrado por humana ternura, quiere ser en los otros y por ellos morir. El Mensajero —'ángel' helénico— anima a salvar la alegría en un mundo de justicia y de trabajo en que todos construyan "con gloria lo concreto". El Protagonista cierra el poema con una serena aceptación final.

En otros libros, Celaya proclama en voz alta lo que todos callan:

*Ser poeta no es decirse a sí mismo.  
Es asumir la pena de todo lo existen* /te,

*es hablar por los otros.*

Y mientras quede un hombre cantando —el poeta— aún habrá esperanza para todos. (Yo creo lo mismo.)

Finalmente, otro libro celayano que prefiero es *Cantos Iberos* (1954). En él, me emociona de modo particularísimo, el poema "A Sancho Panza", poema —más que escrito— balbucido con ternura: Sancho, simbólicamente, es tierra, es patria, es pueblo, es santo. (Comulgo con esta valoración mística, desde mis primeras lecturas 'conscientes' del Quijote.)

Ejemplar poesía la de Gabriel Celaya: poesía caudal, vasca, ibérica, española y universalísima, en la que el amor y el dolor se entretejen y abrazan con la esperanza.